

## **Beatriz Simón o el arte sin fronteras**

*La relación del lenguaje con la pintura es una relación infinita. Por más que se diga lo que se ve, lo que se ve no se aloja jamás en lo que se dice.*

Michel Foucault

Para hablar de la propuesta plástica de Beatriz Simón, considero necesario decir algo sobre el derrotero del arte en el mundo contemporáneo. Empezaré por señalar que aquí todo parte del reconocimiento de que los mortales son individuos finitos, singulares y libres, autónomos y creativos, racionales y sensibles, trágicos y festivos, responsables, a fin de cuentas, de la forja de su propio destino. Cada individuo irreductible tiene que poner en el mundo su granito de arena, su diferencia, aquello que nadie puede decir, sentir o crear por uno. De hecho, la vida radicalmente personal, en la medida en que es vivida día a día e instante a instante, encarna la aventura irreductible de cada hombre marcado por su condición finita, o sea, por el tiempo que transcurre entre nacer y morir. Una temporalidad que, además, florece siempre dentro de un determinado territorio. Y Beatriz ha elegido el suyo: la pintura, las artes plásticas en general. Ya ahí, no trata de representar a ninguna vanguardia o al ser nacional o a determinada ideología redentora, le basta y sobra con poner su intimidad en lienzos, fotografías, arte-objeto, videos e instalaciones.

Obra secreta la suya, resguardada, ajena por completo al efectismo barato y a lo declamatorio. Fragmentos de vida encarnados que convocan a lo indecible y exigen un acercamiento capaz, al menos, de compartir fragilidades

y silencios. Vivencia sentida en el instante del obrar estético, o si se prefiere, momento espontáneo y sin precedentes, plasmado en materia a merced de los otros, los espectadores. Podemos verlo, percibir un sinnúmero de formas sutiles pobladas de signos enigmáticos, marcas, trazos, palabras, chorreados, huellas que provienen de la soledad de quien se niega a ser uno de tantos. Y más: entrecruces de líneas, collages, garabatos, campos puros de color, texturas, informalismo y geometría a la vez. Superficies plásticas que en su iluminación profana des-ocultan abismos, también dolor. Porque ponerse artísticamente ante la mirada de los otros significa arriesgarse a un naufragio. Beatriz afronta el desafío perpetuo, pues la artista sabe que cuando se empieza a hacer una obra lo primero que hay que procurar es romper con los clichés, sobre todo con aquello que uno mismo ha generado. Digámoslo así: retornar al grado cero del ahora mismo exige adentrarse en tierra inexplorada.

Contemplo la totalidad de lo ofrendado, vuelvo a hacerlo: un recorrido que me permite reconocer el estilo de la artífice e, igualmente, la polivalencia de su propuesta. No cabe duda: el aire de familia no anula, sino, incluso, potencia la diferencia que guardan las obras entre sí; de rutina nada. Matérico, informal, abstracto, gestual, puede ponerse la etiqueta que se quiera, pero siempre y cuando se reconozca en cada obra la presencia de algo que antes de ser realizado no existía. Cuando Beatriz siente la necesidad de afrontar la figura lo hace, en una plástica poética que conjuga en efecto lo matérico-gestual y la presencia de cuerpos y rostros que dan la impresión de emerger de la tierra primordial, aquello de donde todo nace, aquello a donde todo retorna. Hay también el juego de los cuerpos vivos en donde la fotografía como tal, o intervenida, no falta a la cita. Y nadie piense que con ello Beatriz retorna a representaciones literales, “realistas”; por el contrario, la fiesta de lo inesperado prosigue su marcha.

| Lo arriba expuesto podría llevar a pensar que Beatriz se encierra en su ego. No es así. En la obra que presenta están los otros, los cercanos. Pero de

manera primordial la querencia de la pintura. En efecto, Beatriz escucha, atiende y acoge el llamado de la pintura, ese misterio que viene de lejos, esa odisea que ilumina la mirada. De no haberlo hecho, de no haber atendido el lenguaje pictórico no habría podido encarnar su mundo propio. Las obras de nuestra artista son un umbral, una estancia, en donde se da el encuentro entre determinada vivencia existencial y la alteridad de determinados materiales. En la escucha de sí mismo y de la materia cómplice, ahí, en ello reside la libertad del arte. Ver con los ojos del sueño, ver con los ojos de la imaginación, ver con los ojos de las entrañas, ver a fin de cuentas con los ojos del arte. El lugar donde se juega y se anuda la propuesta examinada se debe entonces a la copertenencia, al diálogo, a la ruptura radical con toda forma de exclusión.

Cualquiera que sea el núcleo, el sentido último de una creación artística, su esencia más profunda y propia se expresa en las preguntas: ¿de dónde?, ¿a dónde?, ¿quién soy? Por principio tendríamos que decir que uno no es, pues siempre está siendo. Devenir existencial incierto que, sin embargo, va poblándose a lo largo de su camino de afectos y cosas entrañables que permanecen, quedan en el cuerpo, quedan en la memoria, a veces como cicatrices, a veces como potenciadores de la vida extrema. La vida es, en suma, un viaje incesante el cual, sin embargo, conserva aquello de lo que no queremos desprendernos. Campo emocional al que alude Beatriz mediante objetos que no dejan de tener una carga simbólica: el ropero, el baúl, el buró, la cajonera alta; o si se prefiere, lo preservado en la vida interior: el viaje errante, los sueños diurnos y nocturnos que nos incitan a ir más allá, significantes que pueden surgir de un pequeño objeto sin importancia, una prenda, una carta furtiva o la foto deslavada por el tiempo. Juego abierto, doble juego de abrirnos al mundo y, a la par, ensimismarnos como el desafío que pone un hasta aquí a los hombres unidimensionales, vacíos en alma y cuerpo, que entregados a la miserable y efímera moneda de lo actual quisieran despojarnos de nuestros afectos.

Filósofos, poetas y artistas han insistido mucho en que el individuo libre y auténtico que se niega a disolverse en la muchedumbre, debe tener las agallas de bastarse a sí mismo y de prender una chispa de luz ante las tinieblas acechantes del nihilismo. Las obras de arte son eso precisamente, chispas, descargas de intensidad en el desierto humano circundante, negativas a someterse al vacío total. La obra de Beatriz Simón cumple la regla: desafía la evasión y la encara sin más armas que la fragilidad. Lo que la artista quiere dejar en claro es que la aventura marginal de cada ser tiene que experimentarla por *motu* propio, porque quien no lo haga será devorado por la rutina y la indiferencia, el anonimato y la muerte en vida. Se trata de abrir sendas y potenciar el tiempo de la creación, el tiempo de lo abierto e inconcluso. Señoras, señores: el círculo protector que puebla el conjunto de la obra de Beatriz se ha abierto y espera ser compartido. Sólo eso, dirá la artista, sólo convocar a permanecer suspendidos en la intemperie. Que cada quien juegue sus cartas.

Jorge Juanes